

“El Paso de Lucho Gatica por Lima”

*Diez segundos más tarde sonó el teléfono y oí la voz alarmada de Genaro hijo:
-Bajen como sea, esto se está poniendo color de hormiga.*

Pascual, con el pánico en sus ojos, gritó -“Hay que bajar por las escaleras, cerraron el paso del altillo”. Comprendí que la única forma de salir vivos de ahí era cruzando ese río de mujeres sulfuradas. El recorrido fue casi interminable, hasta que llegué a la puerta que daba a la calle y fue cuando sentí en mi cara una superficie arrugada, húmeda, con un olor desagradable, era la espalda sudorosa de una señora que me decía,-“Ay señor, yo sé que este cuerpecito es irresistible, pero cálmese, no me lama, que ni sé su nombre”-, hizo una pausa y dijo, -“Soy Rosa Teste Fierro, oriunda de Lambayeque, un gusto”- Desconcertado me presenté, e inmediatamente ella me comenzó a narrar la noticia que yo aún ignoraba. Tomé su mano sudada y la llevé corriendo hasta el café de la otra esquina, la senté, y haciéndole caso a mi instinto periodístico, saqué el mecanografiado de mi cuento para usar la parte de atrás como cuaderno, y le dije -“Dime todo lo que sabes”-.

Después de ocho budines y seis cafés, llegué a enterarme que Lucho Gatica tenía un homónimo que poseía antecedentes criminales, y que por confusión lo habían arrestado. Llamé inmediatamente a Pascual, y supe que el representante de Gatica lo inculpaba inexplicablemente del suceso, y de las ingentes pérdidas que acarrearía por no poder presentarse a las diez en el Hotel Ritz. Mientras mi pobre amigo maldecía cada hecho de su vida, yo había vuelto a la radio para darle una solución.

-“¿Reemplazarlo? ¡Tú estás loco, yo no me le parezco en nada!”- me dijo Pascual. Rosa intervino -“De cara no hay nadie como mi Luchito, pero de porte se le parece, el pelo igual de cholo y engomado, y el color de piel no es nada que un poco de “Caribe Tropical” de Max Factor no pueda cambiar”-, -“Pero, ¿Y la voz?”-, alegó Pascual en un vano intento por disuadirnos de la idea, “Tranquilo hermano”-, le dije -“Llevamos todos sus LongPlays, los ponemos a sonar y bajamos un poco las luces”. Pascual intentó tomarse un tiempo para pensarlo, pero una nueva iracunda llamada del productor no le dejó otra opción, y arrancó rumbo al hotel.

Rosa y yo fuimos a la comisaría a ver al Mayor Arreaga, a quien ella conocía. En un santiamén le contó el vía crucis por el que pasábamos. Él recorrió con su mirada lasciva, el recordado cuerpo de la Teste Fierro, y luego nos dirigimos a la celda que acogía al bolerista, mientras yo descubría que el rostro y la talla del militar eran los mismos que el senador protagonista de mi cuento que así iniciaba su quinta versión.

Como todo buen recluso, Luchito, había regalado a sus compañeros temporales de celda, su saco y corbata, y no paraba de reír, imaginando la situación de su atormentado plagiador. Ya en el taxi, Rosa sugirió que yo le prestara mi leva y mi corbata, y así lo hice sin pensarlo dos veces. No tenía más que perder. Mis cuentos habían quedado empeñados en la comisaría por la libertad de Lucho que agradecido comenzó a cantar “*Bésame mucho*”, emocionado intenté hacerle el dúo, pero antes de decir “*como si fuera esta noche la última vez*”, Rosa calló mis labios, con el único beso que ha durado el tiempo que dura un bolero.

Al siguiente día fui a ver temprano a mi tía Julia, y le comenté lo bien que le había ido a Gatica en la radio, entonces me recriminó que por andar enfrascado en mis pasiones literarias, nunca me enteraba de las noticias de farándula, -“No pasó nada, yo estuve ahí”- insistí. -“Mentiroso”-, me dijo, “¿Cómo puedo creerle a un sobrino que me ha dejado plantada dos veces?”, entonces extendí mi mano y le entregué un Long Play autografiado que decía “Para la Tía Julia, con mucho amor de su amigo Lucho Gatica”.

“Novolecto”